

Sergio Pitol

Cuentos

Edición de José Luis Nogales Baena

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

INTRODUCCIÓN	9
Sergio Pitó: vida y obra	12
Los orígenes	13
La forja de un hombre de letras	15
Un escritor en movimiento	22
El escritor convertido en diplomático	34
Madurez y años de reconocimiento	44
Reflexiones en torno a la creación	47
Los cuentos de una vida	57
Los excéntricos	63
Los cuentos: continuidades y disrupciones	66
Los primeros cuentos	67
Los cuentos del viajero	75
Los cuentos del alquimista	83
La narrativa híbrida	92
Ediciones y correcciones	100
ESTA EDICIÓN	103
AGRADECIMIENTOS	107
BIBLIOGRAFÍA	109
CUENTOS	121
Victorio Ferri cuenta un cuento	123
Los Ferri	131

Amelia Otero	146
En familia	164
La pantera	176
Un hilo entre los hombres	181
Cuerpo presente	197
Hacia Varsovia	217
Los nombres no olvidados	227
Una mano en la nuca	239
Hacia Occidente	265
Ícaro	277
Del encuentro nupcial	287
Cementerio de tordos	313
Vals de Mefisto	354
El relato veneciano de Billie Upward	373
Asimetría	400
Nocturno de Bujara	430
El oscuro hermano gemelo	460
De cuando Enrique conquistó Asjabad y cómo la perdió	479
APÉNDICES	507
Apéndice 1	509
La palabra en el viento	511
Diario de Moscú	516
De un diario. 1980	529
Apéndice 2. Los Ferri, dos árboles genealógicos	537

INTRODUCCION

La obra creativa e intelectual del mexicano Sergio Pitol (1933-2018) recorre un arco de cincuenta años desde sus primeros escritos a mediados de los cincuenta hasta bien entrada la primera década del siglo XXI. Escritor, ensayista, traductor y crítico de arte, por razones de fechas y afinidades culturales se le suele agrupar con la llamada «generación mexicana de medio siglo», un grupo de escritores polifacéticos de trascendental importancia en la cultura de su país. Sin embargo, su literatura ha discurrido por senderos particulares bien distinguibles, consolidando una serie de notas y características propias que buenamente se han ganado a pulso el adjetivo de «pitolianos». El autor construyó un cosmos literario propio, una obra compleja que pasó inicialmente desapercibida para el gran público, pero que a partir de los años noventa, en particular tras la publicación de *El arte de la fuga* (1996), obtuvo gran reconocimiento internacional, incrementó notablemente su número de adeptos y recibió los más altos galardones de las letras hispánicas: los premios Juan Rulfo y Cervantes en 1999 y 2005. Más aún, trabajador incansable y amante de la palabra, su ingente tarea como traductor amplió y reconfiguró el canon literario de los lectores en español con sus traducciones del inglés, el italiano, el polaco y el ruso; entre otras, las de Joseph Conrad, Henry James, Witold Gombrowicz, Elio Vittorini, Antón Chéjov y Vladímir Nabókov.

Las diferentes etapas de su carrera creativa pueden recorrerse a través de su narrativa breve. Pitol se inició en la

ficción como cuentista y nunca dejó de prestar atención a este género: algunas de sus narraciones breves pasan a sus dos primeras novelas en forma de capítulos o se incluyen en sus libros misceláneos de memorias y ensayos, además de que, corrector obsesivo y sistemático, preparó numerosas antologías personales durante décadas, aprovechando las más de las veces para revisar y pulir las versiones anteriores. En la actualidad, los cuentos de Sergio Pitol figuran en las mejores antologías de narrativa breve hispanoamericana, se les dedican tesis doctorales y artículos académicos en las universidades, y ocupan un lugar de excepción entre sus coetáneos y sucesores. Ya se trate de los escritores del *Crack* o de los de la llamada «generación inexistente», ya de autores alejados de toda suerte de agrupación literaria, como Roberto Bolaño, César Aira, Mario Bellatín, Juan Villoro o Enrique Vila-Matas, el nombre de Sergio Pitol reaparece constantemente como uno de sus referentes; para todos ellos es uno de los maestros de las letras contemporáneas.

SERGIO PITOL: VIDA Y OBRA

A lo largo de toda su producción, Sergio Pitol insistió repetidas veces en que sus vivencias estaban intrínsecamente ligadas a sus creaciones, de que unas y otras, en multitud de ocasiones, se habían fundido: los lugares y recuerdos de su infancia, por ejemplo, se convirtieron en espacios ficcionalizados en sus primeros cuentos y en motivos recurrentes de su escritura; y cuando comenzó a viajar y su universo cultural y literario se amplió con nuevas experiencias, lecturas y pasiones, estas se vieron de nuevo reflejadas en su narrativa. No es baladí, pues, repasar mínimamente las etapas vitales del escritor y determinados hitos en su formación; se trata de etapas que *grosso modo* coinciden con las de su obra creativa y de motivos

que reaparecen insistentemente en sus relatos autobiográficos, sus ensayos y narraciones¹.

Los orígenes

La infancia y adolescencia de Sergio Pitol está marcada por Córdoba y sus alrededores, la colonia de italianos Manuel González en Huatusco, donde habitaba parte de su familia, y el ingenio azucarero de Potrero en el que pasó casi toda su niñez, en el municipio de Atoyac. Lugares todos de una región montañosa en la Sierra Madre Oriental en la provincia de Veracruz, México, donde sus antepasados italianos, procedentes del Véneto y la Lombardía, se asentaron a finales del siglo XIX para dedicarse al cultivo de las tierras, al café y otros menesteres. Por eso, aunque nació en Puebla y vivió allí sus primeros cuatro años, el escritor defendió siempre ser veracruzano².

Nacido el 18 de marzo de 1933, fue el segundo de tres hermanos, pero a los cuatro años su núcleo familiar se vio drásticamente reducido por la tragedia: primero falleció su padre, víctima de una meningitis; después, su madre, aho-

¹ La semblanza biográfica que sigue a continuación surge de diversas fuentes: los textos de carácter explícitamente autobiográficos del autor; la «Cronología» que escribió de manera anónima para el volumen *Tiempo cerrado, tiempo abierto* (1994), según declara Serrato (2013: 83); el excelente ensayo de Villoro (2000); entrevistas y estudios críticos cuyas referencias van citadas en el cuerpo de la redacción y, sobre todo el material personal de Sergio Pitol que se conserva ahora en la Biblioteca de la Universidad de Princeton: diarios, correspondencia, cuadernos de trabajo, etcétera (*Sergio Pitol Papers*). Paralelamente, esta introducción está en deuda con un trabajo previo, *Hijo de todo lo visto y los soñado: La narrativa breve de Sergio Pitol* (Nogales, 2019a), del que se repiten aquí, afinados y sintetizados, varios argumentos y conclusiones.

² «Para empezar quiero aclarar que soy un veracruzano nacido por azar en Puebla», iniciaría tajante su «Discurso de recepción del Doctorado *Honoris Causa* de la Universidad Veracruzana» en 2003 (Pitol, 2006b: 389).

gada en el río Atoyac en una excursión de recreo; y unas semanas más tarde su hermana menor, de difteria. Se hicieron cargo de él y su hermano su tío Agustín Demeneghi y su abuela Catalina Buganza, quienes vivían y trabajaban en el ingenio El Potrero, en Potrero, quince kilómetros al este de Córdoba. Allí aprendió las primeras letras y se aficionó a la lectura juvenil desde edad temprana; su abuela y las largas temporadas de paludismo que sufrió entre los ocho y los doce años fueron en buena medida responsables de ello:

Aunque no lo crea ni Ripley, fui un niño deportista. Después me dio paludismo y cada tercer día me consumían las fiebres, y cada tercer día Catalina venía a sentarse a mi cama con un tomo del *Tesoro de la juventud*, empezaba a leer y me decía: «ahora tú síguele». Me hizo leer, ella leía casi todo el día, también mi tío, el hermano de mi madre (Poniatowska, 1994: 31).

Pitol fue desde muy joven un lector voraz y apasionado, dos características que se mantendrían constantes a lo largo de su vida, igual que su pasión por el cine, que data también de esa época en Potrero, cuando se aficionó a asistir con su hermano mayor todos los sábados a las proyecciones que se hacían en el pueblo. Por lo demás, la vida en ese ingenio «en medio del trópico», como él mismo escribiese, estuvo marcada por contrastes: la generación más adulta, que hablaba entre sí tan solo italiano, había idealizado la época previa a la Revolución; él, sin embargo, asistía a la escuela socialista, donde aprendía a cantar *La Internacional*. El mundo se dividía entre quienes habitaban fuera y dentro del ingenio: de un lado, los obreros, las huelgas, el sindicato y la cooperativa; de otro, los empleados de confianza y la casa del gerente, la elegancia de los funcionarios estadounidense que conversaban en inglés. Y todo ello con la Segunda Guerra Mundial de trasfondo y las opiniones al respecto divididas (Pitol, 2006a: 18; Kristal, 1987: 985-986).